

El privilegio de subvertir: la literatura hispanofilipina

BEATRIZ ÁLVAREZ TARDÍO

INVESTIGADORA INDEPENDIENTE

Decía Mario Vargas Llosa en su discurso de aceptación del premio Nobel en diciembre de 2010, que la literatura nos sirve para soñar y mantener la esperanza en sociedades mejores, o sea, para imaginar futuros posibles. La literatura filipina sueña con una nación compacta, o, al menos, coherente con llamarse a sí misma filipina, sin tener que dar explicaciones a nadie sobre las razones y el sentido de su existencia; e imagina futuros en los que se hayan resuelto los conflictos coloniales que todavía hoy siguen generando complejos y crisis de identidad. Cada persona que en Filipinas se lanza a escribir debe atreverse con el vértigo del conflicto que conlleva en sí misma la lengua que para ello haya elegido; una opción lingüística que puede incluso variar a lo largo de su trayectoria escritural personal. Cualquiera de las opciones escogidas vendrá cargada de un componente político e identitario que condicionará el texto y que deberá ser manejado por parte del autor o la autora.¹

Desde el siglo XIX, en el que se inició el acceso a la prensa en Filipinas, la expansión de la educación y el estudio del latín y del español contribuyeron a incentivar el deseo por la escritura laica de aquellos filipinos y filipinas que sintieron la necesidad de hablar al mundo sobre quiénes eran, y soñar con preparar un país libre, como dice Vargas Llosa, con una sociedad mejor y más justa. El caso de las mujeres del pueblo de Malolos es un gran ejemplo; además de asistir a la escuela, buscaron un maestro que les enseñara español de forma privada y a escondidas de la autoridad religiosa que se lo impedía allá por 1889.²

La literatura hispanofilipina

Denominamos a la literatura filipina escrita en español con la etiqueta de “literatura hispanofilipina”, un vocablo que permite identificar claramente su filiación filipina, dejando ver igualmente su componente hispano. Con este nombre, por otro lado, se establece un diálogo con el término “hispanoamericana” y se facilita su reconocimiento e interpretación a quienes se acercan a ella por primera vez. Esta literatura hispanofilipina está abandonada

a la sombra del desconocimiento, tanto en los libros de crítica literaria como en los manuales, en las investigaciones y en los programas de estudio en las universidades. Su olvido se ha ido extendiendo a medida que el paso del tiempo, y los cambios en la vida de las personas, han alejado a la lengua española, a la historia y la cultura construidas conjuntamente entre Filipinas y España de la experiencia diaria filipina.

Para el pueblo filipino, España representa una historia de colonización que en la actualidad les nutre de contradicciones estimulantes y apasionadas discusiones, especialmente cuando en el debate se incluyen comparaciones con la colonización estadounidense del siglo XX. Después de un recorrido histórico que se dice común con España, pero que no fue compartido en igualdad de oportunidades, y de otros diversos procesos, hoy en día Filipinas tiene una personalidad propia y distinguible, crisol de sus experiencias, y gracias a ello mucho que aportar artísticamente.

De la independencia al olvido

El olvido de esta literatura, no obstante, es el resultado de su independencia. Si la literatura hispanofilipina fuera observada e investigada desde la literatura española o hispanoamericana, este análisis sería juzgado como una posición colonialista y paternalista hacia Filipinas, o con otros calificativos semejantes. Por lo tanto, Filipinas en lo que respecta a su literatura escrita en español obtuvo su independencia, es única, singular, y no mirada hoy en día como perteneciente a lo hispánico.

El investigador filipino Epifanio San Juan escribe sobre los juicios que desde Estados Unidos se emiten sobre la literatura filipina, señalando que parten de la idea de la tutela, desde quien tiene la vara para medir lo que es y no es buena literatura, de quien se inviste con el poder de juzgar, posición que se identifica claramente con el legado paternalista colonial. En este sentido han sido interpretados a menudo los intentos de investigación realizados por personas de origen español. Recientemente, el Instituto Cervantes de Manila ha iniciado una colección de ediciones críticas de textos “Clásicos Hispanofilipinos”, que ha sido objeto de críticas señalando esta preocupación por su recuperación literaria como si se tratara de un proyecto de colonización.³

Hasta ahora en mis investigaciones había considerado la literatura hispanofilipina partiendo principalmente de la perspectiva de la literatura española, y por ello me preocupé de estudiar su presencia en las historias de la literatura española.⁴ Desde la pretensión de entroncar la literatura hispanofilipina con la literatura española, no encontraba

explicaciones, ni podía entender, el hecho de que en España ni se estudie ni se conozca la literatura hispanofilipina; por eso, el primer borrador de este ensayo se titulaba “un minuto de silencio en la literatura española”. No obstante, lejos de mis intenciones estaba que la literatura hispanofilipina fuera una rama de la literatura española, ni una acólita, ni necesariamente deudora. Sin embargo, un renovado análisis me ha permitido identificar su ausencia como el síntoma de su independencia, obtenida desde su nacimiento, puesto que sus características y temas la hacían ya desde sus comienzos ser mucho más filipina que hispánica en un sentido de pertenencia del término.

De olvido no debemos hablar, pues quien olvida es quien decide dónde se sitúa la línea de flotación del barco. Esta posición sería heredera del colonialismo finisecular. Es fácil darse cuenta de que incluso en el siglo XIX, bajo la colonización española, no se prestó atención desde España a esta literatura, incluso San Juan se preocupa por señalar que en aquel entonces el nombre de José Rizal fue el único que se quedó grabado en la mente de españoles como Miguel de Unamuno, y que en la actualidad ni Rizal ni Claro M. Recto han entrado en los libros españoles de historia o de literatura. Desde una perspectiva hegemónica totalizadora y literario-céntrica, esta literatura se etiqueta como una “curiosidad literaria”, como algunas personas dedicadas al estudio de la literatura la consideran en España.

En su discurso, San Juan se apropia de la literatura para exigirle un posicionamiento político, social y económico, de modo que la juzga como más o menos auténtica en función de su cercanía o alejamiento a los mismos. No es el único estudioso que en Filipinas pretende que su literatura represente una guerra abierta o un compromiso político; de este modo convierten el acto de escribir en una u otra lengua en una manifestación histórica cargada de un pasado que como una rémora les impide dirigir su mirada hacia el futuro. Sin embargo, la literatura es libre para buscar la nación más allá de su sentido político, y encontrarla también en su concepción personal y privada, en una política de lo personal, como son las estrategias para convivir con las emociones ante el fallecimiento de un hijo que todavía es un bebé o el crecimiento y la separación de un hijo, sea en inglés o en tagalo, como en los poemas de Gemino Abad “Baby, cradle and all” y Benilda Santos “Ang pagbabay ni Atong”. Señalamos, de esta manera, dos ejemplos de los muchos posibles. Esta forma de entender la pertenencia se desliga de la nación hegemónica construida desde la razón patriarcal, y se sitúa en la perspectiva marginalizada del rol política y socialmente asignado a las mujeres. La crítica literaria nacionalista está diseñada desde la perspectiva

patriarcal que informa ese mismo nacionalismo, y que acusa de apolítica a la literatura de lo personal.

Si se insiste en recordar únicamente la referencia a un contexto colonial y a las formas de ejercer el poder, la cultura se convierte en flagelo de sí misma, en suicida de la formación de su propia identidad, subyugando toda la potencialidad, la belleza y la creatividad filipina. Del mismo modo que fue posible usar la lengua para un objetivo colonizador, todo texto tiene el privilegio de subvertir ese objetivo y utilizar la misma lengua para sus propios propósitos. Por ende, nos preguntamos si es que acaso toda la vida y esfuerzos de José Rizal se pueden condicionar al solo hecho de que escribiera sus novelas en español. Una visión tan reduccionista y determinista es de por sí negativa y privativa de la libertad de cualquier persona de aprender una lengua y de escribir una novela o poemas en ella. Precisamente éste sigue siendo un tema de debate para los estudios sobre literatura filipina: ¿Por qué escribió Rizal sus novelas en español? La opción que tomó se juzga desde la perspectiva actual en la ausencia de un conocimiento exhaustivo de la cultura, la política y las formas de conocimiento de mediados del siglo XIX. Obsérvese, por ende, la dificultad para estudiar la historia y la literatura de Filipinas; hay que saber al menos tres lenguas: español, inglés y tagalo, y mejor todavía si se conoce también alguna otra de las lenguas vernáculas.

No obstante, sigue siendo posible lamentarse de que en España no se conozca esta literatura, ni en Hispanoamérica, ni en los contextos donde se estudia la literatura escrita en español desde el interés lingüístico por el idioma, pues todos esos mundos serían además público lector potencial; a pesar de ello, consideramos que el lugar de esta literatura escrita en español pero filipina en su espíritu es la historia de la literatura filipina. La pregunta fundamental que se nos presenta después de muchos años de estudio de esta literatura es ¿cómo estudiar la literatura hispanofilipina?

Relaciones literarias

El barco literario en Filipinas navega entre sus millares de islas con un velaje idiomático variado. Son muchas las lenguas que se hablan en el archipiélago y que producen tanto literatura popular y de carácter oral como escrita y más erudita. Todas las lenguas vernáculas tienen algún tipo de tradición literaria. Por su producción y relevancia, las siguientes son consideradas como las más importantes: tagalo, cebuano, ilocano e

hiligaynon. A las que hay que añadir las lenguas no indígenas pero sí históricas como son el español, el inglés y también el chino.

La realidad más habitual para una persona es una situación de multilingüismo, con situaciones varias de diglosia: las lenguas transmisoras de educación y cultura son principalmente el inglés y el filipino (lengua híbrida basada en el tagalo). En cada familia pueden existir una o más lenguas de comunicación, habitualmente lenguas indígenas y regionales de las que hay más de 150 reconocidas oficialmente por el gobierno filipino; las de más prestigio y con mayor número de hablantes son: tagalo, cebuano, ilocano, hiligaynon, y seguidamente en importancia por el número de hablantes: waray-waray, kapampangan, bikol, pangasinan, maranao y tausug.

Si como decía el relevante intelectual filipino del siglo XX, Epifanio de los Santos, ya a principios del siglo XVII los autores Bagongbanta y Pinpin escribieron bilingüe en tagalo y español, ¿cómo no asumir el multilingüismo como característica inherente a las realidades filipinas y a sus literaturas? Hoy en día el español es una lengua moderna en Filipinas, que se estudia como lengua extranjera y que da acceso al empleo. No obstante, queda una muy reducida población adulta que aprendió español como lengua materna y que todavía la utiliza. En este contexto multilingüe también hay quien aprende el español como segunda lengua y la convierte en otra opción literaria posible, como se muestra en otros artículos publicados en este monográfico.

El inglés se extendió a casi todas las islas con la expansión del sistema educativo que institucionalizó el gobierno colonial estadounidense. Desde principios del siglo XX se llevó la instrucción básica en inglés a lugares del país alejados de las grandes ciudades y se creó la Universidad de Filipinas, que funcionó como un sistema universitario con distintos campus en varias islas. El acceso a la universidad y al conocimiento a través de la lengua inglesa supuso un cambio fundamental. Múltiples y variadas publicaciones en muchas lenguas surgieron por todo el país: tanto en inglés como en español, como en las lenguas vernáculas que florecieron ante la prohibición de otros símbolos, como la bandera de la naciente república independiente filipina.

La literatura filipina se ha encontrado con procesos múltiples a veces entrecruzados y en ocasiones paralelos. Durante muchos años Bienvenido Lumbera ha realizado una importante revisión de las perspectivas a la hora de hacer su historia literaria. Tanto Lumbera, como Resil Mojares, otro importante estudioso de la literatura filipina, han dado en concluir que la variedad lingüística no excluye la existencia de elementos y

preocupaciones comunes que permiten hablar de una literatura filipina escrita en múltiples lenguas.

La literatura hispanofilipina desde el siglo XIX no es una herencia de España, por lo tanto, no debe confundirse con los artefactos coloniales españoles. Es un legado filipino, porque su objetivo no era la lengua en sí misma, sino sus metáforas, sus emociones, sus estrategias, sus elucubraciones, sus planes, etc. ¿Por qué renegar de las opciones y decisiones de hombres y mujeres filipinas que contribuyeron a la identidad filipina? ¿Por qué renunciar a Rizal? ¿Acaso por el hecho de haber escrito en español? Evidentemente, la historia literaria filipina debe incorporar todas las opciones que sus gentes hayan escogido en cada momento y circunstancia. En el contexto actual filipino esta literatura hispanofilipina cuenta con cierto reconocimiento, pero no se ha liberado todavía del lastre colonial, mientras siga habiendo quienes la identifiquen con trescientos años de historia y no con un presente que esta literatura ayudó a forjar y con un futuro que contribuyó a dilucidar.

A principios del siglo XX, con el asentamiento del nuevo gobierno colonial estadounidense y los adelantos tecnológicos, despuntaron los actos de reflexión sobre sus propias conciencias, su situación socioeconómica y los problemas que aquella sociedad filipina tenía que enfrentar. Hay toda una producción textual en español que se alejó de las corrientes burguesas que podrían representar autores como Fernando Ma. Guerrero, Claro M. Recto o Teodoro M. Kalaw, entre otros; y que, posteriormente, en los años sesenta, fue suprimida cuando se estableció el canon de esta literatura a través de los libros de texto que se diseñaron para enseñar español en las universidades. Sírvanos de ilustración *La redención del obrero: periódico defensor de los trabajadores de Filipinas*, fundado en 1903 por Isabelo de los Reyes y Florentino (1864-1938). Entre los veinte números que se publicaron de este periódico se puede encontrar el folletín *Pobres y ricos* de este mismo autor, que subtítulo “zarzuela filipina socialista”⁵. Si la literatura hispanofilipina es independiente, y por lo tanto es totalmente filipina, entonces tiene necesariamente que ser tratada, estudiada y considerada desde la perspectiva filipina; lo que no significa que personas de fuera de Filipinas no puedan estudiarla, ni que exista aislada de otras literaturas.

Se debe plantear su relación con el resto de literaturas escritas en español y desarrollar un proceso de reconocimiento. La problemática de su ubicación y su relación des-identitaria, es decir, para España no es suficientemente española, lo que desde Filipinas podría no implicar ningún problema; sin embargo, debido a que está escrita en español no

termina de ser asumida como propia, como filipina. Y aquí surge un conflicto importante si desde Filipinas no se la considera suficientemente filipina. Por lo tanto, deben emprenderse estudios que contribuyan a situarla en su posición correspondiente en la literatura filipina, pues en caso contrario se encontrará totalmente huérfana y se perderá todo el futuro que a través de ella pudiera haberse imaginado. La falta de reconocimiento de su existencia y su valor en los estudios hispánicos en el mundo nos exige esbozar cuáles han podido ser las razones para esta ausencia y desconocimiento; pues es evidente que existe una necesidad de reconocimiento, que no es ya paternalista ni colonialista, sino relacional y comparativa. Podemos conjeturar varias razones, que se pueden resumir en dos principales: por un lado la falta de interés, que ha llegado incluso al desprecio; y por otro, no menos relevante, las dificultades de acceso a los textos y a la información. Al pensar en el siglo XIX y la primera mitad del XX, no es de extrañar la difícil situación de las comunicaciones con España y con el resto de países hispanoamericanos y que, como dijo Segismundo Moret, existiera: “un completo desconocimiento de todo lo que al Archipiélago Filipino se refiere; ignorancia que domina no sólo a la opinión pública, sino en las regiones oficiales, y que llega a tal punto de ser más conocido en el extranjero que en nuestro propio país . . . Esta ignorancia ha producido de una parte la indiferencia y falta de iniciativa en el Gobierno” (Piqueras 53).

No toda obra artística tiene la misma calidad, ni es percibida con el mismo valor, que a menudo cambia de unas épocas a otras, pero una producción literaria en español en Filipinas tiene un valor intrínseco propio, digno de ser conocido y que la hacen merecedora de estudio.

Eclipsada por la hegemonía estadounidense

Durante la primera mitad del siglo XX, desaparecidos los poderes públicos españoles e instaurado el nuevo gobierno colonizador de Estados Unidos, algunos filipinos y filipinas se enfrentaron a esta renovada imposición cultural utilizando la lengua española, por parecerles ésta la más fuerte de entre las opciones lingüísticas con las que contaban, y entonces, la producción se multiplicó, de modo que fue en esos años cuando más publicaciones aparecieron. La literatura hispanofilipina transformó la producción cultural del país con la aparición de varios periódicos, entre los más relevantes figuraban *El Renacimiento* y *La Independencia*. Significativamente, la presencia de mujeres, colaboradoras en los periódicos y escritoras, destaca desde principios del pasado siglo; de entre todas ellas

recordemos a Rosa Sevilla de Alvero, quien también promovió la educación femenina creando en 1900 el Instituto de Mujeres.

La implantación de otra lengua cultural más potente, el inglés, vino acompañada de una interpretación de todo lo hispanofilipino desde una posición que favorecía las pretensiones de dominación del gobierno estadounidense, así por ejemplo son muy conocidas las traducciones al inglés de las novelas de Rizal sesgadas y modificadas para la adecuada interpretación política que en ese momento era conveniente a los poderes. Al calor de esta batalla por la hegemonía y el prestigio, en España se publican en 1935 artículos en referencia a esta valoración que hicieron los Estados Unidos de lo hispánico en Filipinas, así defiende la labor de España la escritora filipina Adelina Gurrea en su artículo "La obra de España en Filipinas".

Las circunstancias y su desaparición

La Segunda Guerra Mundial tuvo consecuencias muy graves en muchos ámbitos, y en el contexto cultural, además por supuesto del económico y social, fue una ruptura traumática para Filipinas. Unos hechos que no se suelen tener en cuenta son las matanzas de población civil que realizó el ejército japonés hacia el final de su ocupación de las islas en 1945, que, además de ser un horror, dieron como resultado la destrucción de la población hispanohablante. La capital quedó destrozada, verdaderamente reducida a ruinas, muchos textos, documentos y libros fueron quemados, la población se dispersó y los grupos culturales e intelectuales se deshicieron. La vida cultural se retomó a partir de entonces con el epicentro en las universidades, especialmente en la Universidad de Filipinas. El resultado de tal catástrofe supuso la desaparición del ambiente cultural en español que había estado vigente hasta la Segunda Guerra Mundial. La reconstrucción en todos los aspectos se hizo siguiendo un modelo estadounidense, lo que significó una mayor extensión y presión del inglés y de la cultura estadounidense. Es significativo el hecho de que el patrimonio arquitectónico manileño de origen hispánico fuera escasa o nulamente reconstruido.

La problemática es pues doble, de efecto recíproco, ya que en Filipinas se ha perdido el reconocimiento que la literatura hispanofilipina tenía durante las primeras décadas del siglo XX, etapa en la que se utilizaba el español como parte de una exaltación

heroica de la revolución filipina y la guerra contra el gobierno colonizador español, y posteriormente el estadounidense.

En los años sesenta del siglo XX se hicieron recopilaciones escolares, al amparo de la recuperación de los héroes de la patria y de la lengua que utilizaron, que sirvieron de manuales de lectura para enseñar español, diseñados tanto por el Ministerio de Educación del gobierno filipino como en las universidades. En estos compendios aparecían las obras beligerantes contra el gobierno y la jerarquía eclesiástica española del XIX, así como algunas otras más contemporáneas; de este modo contribuyeron a fijar una suerte de canon de la literatura hispanofilipina. Con el declive del aprendizaje del español en las universidades en el último tercio del siglo XX dejaron de utilizarse esos manuales; y a su vez la creación literaria en inglés fue prosperando en este mismo periodo con un incremento considerable, tanto en número como en calidad, de autoras y autores filipinos en diversos géneros.

Se produjo un proceso claro que estancó el español en la transmisión de la historia de finales del siglo XIX, y que subyugó el idioma a las interpretaciones ideológicas y políticas; mientras que paralelamente el inglés incrementaba internacionalmente su potencialidad como lengua de negocios y del arte y la cultura. Del mismo modo, el auge y prestigio internacional de la literatura filipina en inglés ha puesto también a prueba al resto de literaturas vernáculas, cuyo reconocimiento, especialmente el internacional, es mucho más difícil de obtener. El desuso y su asociación con un lastre colonial provocaron que en muchas ocasiones estos libros estorbaran. La desaparición y destrucción de las obras hispanofilipinas, tanto las publicadas como las inéditas, fue considerable durante ese mismo periodo. Con cambios significativos en los parámetros culturales, sociales y políticos en el país, tras el derrocamiento de Ferdinand Marcos y la presidencia de Cory Aquino, la hegemonía cultural fue modificada con movimientos sociales, y una apuesta clara en la población y en la élite académica por la democracia estadounidense y todos sus componentes culturales y modelos sociales. La “americanización” de la cultura filipina, especialmente en las urbes, fue vertiginosa en los años ochenta y noventa del siglo pasado.

Razones para estudiarla

Nos preocupa a partir de esta situación poder aportar, desde la crítica literaria y la filología, argumentos que sean capaces de explicar y convencer sobre las razones por las que consideramos importante estudiar y conservar esta literatura. Desde España, esta literatura transcurre paralela al proceso de dominación y colonización españolas de Filipinas, por lo cual mantiene una relación simbiótica con todo el proceso histórico. Si España quisiera conocer en profundidad sus relaciones sociales y culturales con Filipinas, debería tener en cuenta esta literatura. Puede transmitirnos información y conocimiento cultural de los acontecimientos y de la vida de una parte de nuestra historia común. Por otro lado, consideramos que la literatura hispanofilipina desarrolla, por el uso de la lengua española, un enlace interesante y peculiar con la cultura y el arte hispánico en un sentido amplio. Al mismo tiempo, para la filología en general hay piezas literarias de calidad y poder literario que son dignas de estudio en sí mismas, como se puede ver en los artículos publicados en esta monografía. ...

Evidentemente, según hemos intentado reflejar, para Filipinas esta literatura tiene un valor relevante tanto para el análisis de su pasado como para comprender los caminos por los que ha ido construyendo su futuro. Esta literatura precisa de un programa serio que trabaje, por este orden, en su conservación, reconocimiento y estudio. El principal problema al que se enfrenta es su destrucción. Los cambios del último tercio del siglo XX en Filipinas han sido claves para su desaparición de las estanterías y por supuesto de los libros de texto. Y así ha llegado su paulatina desintegración, también causada por los insectos que devoran el papel. Los libros van envejeciendo en las estanterías de personas que no leen en español y terminan en muchos casos en la basura; aunque existen bibliotecas privadas de familias en las que todavía hay quien lee en español y que deberían procurar mantenerse en su conjunto y evitar su desintegración. Este es un patrimonio histórico y cultural que está perdiéndose, puesto que ya existen algunos textos que son imposibles de encontrar. Este programa exige una labor inicial de recopilación bibliográfica y de datos de todo tipo de publicaciones, así como en la medida de lo posible de manuscritos, y tiene un marcado carácter catalogador e identificador, lo que implica en consecuencia las bases para llegar a su reconocimiento, porque es fundamental su reconocimiento para poder pasar a un posible conocimiento.

Una vez avanzado este proceso sería conveniente continuar con estudios críticos de las obras que aporten lecturas actualizadas, una perspectiva comparada con cruces y enlaces

con otras literaturas y análisis menos simplistas que los que hasta ahora se han practicado, que se adentren desde posiciones teóricas más contemporáneas y que nos revelen la información cultural, económica, sociológica y política que contienen estas obras, y que contribuirían a poner en valor sus imágenes y aportaciones para un futuro mejor. El estudio de la literatura hispanofilipina no es únicamente una cuestión de textos literarios, sino también de cultura y arte; por ejemplo, de tradición culinaria o de almanaques. De entre las obras del gran escritor filipino Nick Joaquin es reflejo de esta amalgama cultural y de lo fundamental de tenerla en cuenta su *Almanac for Manileños* de 1979; que a través del arte de su autor resuelve en una síntesis filipina las diversas fuentes culturales de las que ésta bebe. La comunicación en este texto entre elementos de todo tipo y con orígenes diversos, muestra cómo cohabitan componentes y referencias de muy diversas procedencias culturales en los textos escritos por las gentes de Filipinas, y asimismo sucede en aquellos escritos en español cuyo calidoscopio cultural y artístico está por analizar.

Por lo tanto, es fundamental incorporar al estudio de esta literatura el marco cultural del que forma parte. Su estudio debe enmarcarla en su contexto, tanto literario y artístico como histórico y social, y no disociarla de la realidad compleja en la que se inscribe ni de las personas que la escriben. Así, por ejemplo, explica Nick Deocampo en su libro *Spanish Influences on Early Cinema in the Philippines* cómo todos los elementos alrededor de las películas proyectadas en Manila tenían que ser traducidos al español: títulos, anuncios, diálogos, etc., para que fueran aceptadas; incluso señala que en los años 30 del siglo XX la sociedad manileña seguía exigiendo que se doblaran al español⁶.

Este conocimiento actual debería completarse con un estudio de las apreciaciones y usos que ha experimentado en su recorrido histórico, lo que nos mostraría el significado e implicaciones culturales, sociales y políticas que la lengua española ha tenido y tiene en Filipinas. Su estudio debe permanecer atento al contexto literario en que se inserta, que no es otro que la literatura filipina y no olvidar que están siempre en contacto y relación con los textos filipinos escritos en otras lenguas y desde otras perspectivas.

Notas

¹ Así lo explica Fernando Zialcita en su libro *Authentic Though not Exotic* (7): “Even when a Filipino composes in the vernacular languages, he cannot be sure that he will be deemed original and truly authentic”.

² Tiongson narra su vida y su historia en su libro *Women of Malolos*.

³ Los volúmenes hasta ahora publicados en esta colección son *Cuentos de Juana* de Adelina Gurrea, *Los pájaros de fuego* de Jesús Balmori y *El Campeón* de Antonio M. Abad. En preparación se encuentra una colección de relatos de Enrique K. Laygo.

⁴ Así en mi estudio sobre la presencia de la literatura filipina en las historias de la literatura española (2008).

⁵ Comienza su publicación en el número 5, del 5 de noviembre de 1903, y finaliza en el número 18, del 4 de febrero de 1904. Todos los números están disponibles en la hemeroteca digital de la Biblioteca Nacional de Madrid, en www.bne.es.

⁶ Deocampo (2007) “Cinema and Language”, p. 27.

Bibliografía

- Álvarez Tardío, Beatriz. "La literatura hispano-filipina en la formación del canon literario en lengua española". *Lingua et Lettera. Journal of the Department of European Languages* 6 (2008): 62-79. Impreso.
- Deocampo, Nick. *Spanish Influences on Early Cinema in the Philippines*. Pasig City, Filipinas: Anvil Publishing, 2007. Impreso.
- Gurrea, Adelina. "La obra de España en Filipinas". *Revista General de Marina* 117.07 (1935): 3-10. Impreso.
- Lumbera, Bienvenido y Cynthia Nograles. *Philippine Literature. A History and Anthology*. Pasig City, Filipinas: Anvil Publishing, 1998. Impreso.
- Piqueras Villaldea, M^a Isabel. "La obra de España en Filipinas en la Revista General de Marina". *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval* 10 (1990): 55-58. Impreso.
- San Juan, Epifanio. "Postcolonial Writing in the Philippines". *The Philippines Matrix Project*. Publicado en enero 2009. Internet. Consultado en enero 2011.
- Tiongson, Nicanor. *The Women of Malolos*. Quezon City, Filipinas: Ateneo de Manila University, 2004. Impreso.
- Zialcita, Fernando. *Authentic Though not Exotic. Essays on Filipino Identity*. Quezon City, Filipinas: Ateneo de Manila University, 2005. Impreso.